

## **INTELIGENCIA SENTIENTE, EN PERSPECTIVA LINGÜÍSTICA**

**GERMÁN MARQUÍNEZ ARGOTE**

Doctor en Filosofía  
Universidad Santo Tomás  
Bogotá / Colombia  
Colaborador del "Seminario Xavier Zubiri"  
Madrid / España  
gmarquinez@hotmail.com

Recibido: 30/05/2013  
Aceptado: 16/09/2013

*Resumen:* En el presente ensayo se abordan algunos problemas lingüísticos a los que tuvo que enfrentarse Zubiri durante la redacción de *Inteligencia sentiente*. Con este fin, se reconstruye la compleja historia de las tres palabras que componen la trilogía zubiriana: inteligencia, logos y razón. La inteligencia humana es sentiente. El logos y la razón son modalidades de la inteligencia. El entendimiento es el modo supremo de la intelección racional. Estos temas básicos son estudiados desde una perspectiva histórica, que permite conocer mejor el significado de las palabras utilizadas por Zubiri en su última gran obra noológica.

*Palabras clave:* entendimiento, inteligencia sentiente, logos, noología, perspectiva lingüística, razón.

### SENTIENT INTELLIGENCE FROM A LINGUISTIC PERSPECTIVE

*Abstract:* The present essay addresses some of the linguistic issues that Zubiri had to deal with while drafting *Sentient Intelligence*. To this end, the complex history of the three key words which compose Zubiri's trilogy is rebuilt: Intelligence, Logos and Reason. Human Intelligence is sentient. Logos and Reason represent two modalities of Intelligence. Understanding is the supreme mode of rational intellection. These basic themes are studied from a historical perspective, which enables us to grasp the meaning of the words used by Zubiri in his last great noological work.

*Keywords:* linguistic perspective, logos, noology, reason, sentient intelligence, understanding.

## 1. INTRODUCCIÓN

Puesto que voy a moverme entre la filosofía y la lingüística, comenzaré mi exposición citando a un filólogo, Álvaro López Pego, que sintió como pocos la insuficiencia de las palabras para expresar los pensamientos. A propósito, escribió lo siguiente:

No digo que Descartes o Zubiri no fueran inteligentes, no estoy tan loco. Lo que pretendo decir es que lo que ellos experimentaron, tenían que comunicarlo con las palabras que, por ser palabras, no pueden ser otra cosa que viejas experiencias fosilizadas. Y tampoco les estoy acusando de que emplearan un lenguaje técnico (filosófico) ya anticuado. Simplemente, hablaban. Y el más actual, el más contemporáneo, el supermoderno del tercer milenio, sólo usa viejas palabras<sup>1</sup>.

En efecto, el vocabulario filosófico no fue creado de la nada por los filósofos. Éstos han acudido históricamente al lenguaje común de la gente para expresar su pensamiento y resolver así los problemas fundamentales de la filosofía. Incluso, cuando han necesitado neologismos, han recurrido para su elaboración al lenguaje consolidado de las lenguas que hoy consideramos clásicas. Por otra parte, todas las lenguas tienen una larga trayectoria histórica, durante la cual los vocablos han sufrido profundas transformaciones, no sólo morfológicas sino principalmente semánticas, sobre todo cuando en tiempos de crisis se producen cambios radicales de horizonte. Por estas y otras razones es tan difícil hablar y escribir hoy sobre los temas filosóficos de siempre. Y lo es todavía más en España por una razón histórica a la cual aludía un gran conocedor del lenguaje filosófico, Antonio Pintor-Ramos a quien dedico este ensayo, cuando hace algunos años escribía lo siguiente:

La terminología filosófica moderna derivó (en francés, inglés o alemán) fundamentalmente del latín tardío y después cada grupo fue consolidando su tradición; en principio, el español no está peor preparado para esa derivación que cualquier otra de las lenguas citadas, pero el hecho de que en los tres últimos siglos España haya estado alejada de lo que triunfó en Europa como filosofía moderna propició un gran vacío terminológico por falta de uso. Lo que hace Zubiri en español es utilizar el mismo procedimiento de derivación que siguió la filosofía moderna respetando cuidadosamente las reglas propias de la lengua española<sup>2</sup>.

1 Álvaro LÓPEZ PEGO, *Anthea (Flores)*. Barcelona, PPU, 2009, p. 97.

2 Antonio PINTOR-RAMOS, *Nudos en la filosofía de Zubiri*. Salamanca, Universidad Pontificia, 2006, p. 200. Ver del mismo autor: *La filosofía de Zubiri y su género literario*. Madrid, Fundación Xavier Zubiri, 1995.

Pues bien, luchando con las palabras Zubiri conformó su propia terminología filosófica, cuando los contenidos de su pensamiento así lo requerían. Es lo que quiero mostrar en estas modestas consideraciones en torno a algunos problemas lingüísticos a los que tuvo que enfrentarse Zubiri durante la redacción de las tres partes que componen *Inteligencia sentiente*<sup>3</sup>.

## 2. INTELIGENCIA Y REALIDAD

Inteligencia y realidad son dos palabras inseparables e imprescindibles, que están en la base de la filosofía zubiriana. Para comprender la significación de ambas, no estará de más contar brevemente la historia de la palabra inteligencia, como en un anterior trabajo lo hice con la palabra realidad<sup>4</sup>.

Inteligencia es un sustantivo abstracto derivado del verbo *intelligere* (en latín tardío *intelligere*), compuesto del prefijo *inter*<sup>5</sup> (entre) y del verbo *legere*, que tanto en idioma griego como en el latino tuvo primariamente una significación agrícola: cosechar o recoger con las manos los frutos del campo. De aquí pasó a significar el acto de captar con las facultades cognitivas las cosas que están en nuestro entorno; para finalizar significando decir con palabras lo que las cosas aprehendidas son. Cuando las palabras adquirieron forma escrita, entonces *legere* significó leer un determinado texto con el fin de captar su sentido. De la misma raíz se formaron los sustantivos *intellectus*, *intelligentia*, *intellectio*, los adjetivos *intelligens*, *intelligibilis* y el adverbio *intelligenter*.

Muy próximo a *intelligere* ocupa el lugar que le corresponde en cualquier diccionario latino el verbo *intendere*, compuesto de *in* (hacia) y *tendere*, cuya significación primaria fue tender la ropa, extender o estirar algo<sup>6</sup>. De aquí pasó a significar caminar en una determinada dirección y terminó significando prestar atención a algo con el fin de conocer lo que realmente es. De la misma raíz se

3 Xavier ZUBIRI. *Inteligencia sentiente*. Madrid, Alianza, 1980-1983. Citaré cada una de las partes con las siglas habituales: *Inteligencia y realidad*, IRE; *Inteligencia y logos*, IL; *Inteligencia y razón*, IRA.

4 Germán MARQUÍNEZ ARGOTE, *Realidad, posibilidad, religión. Historia de tres palabras*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2012. Ver la magnífica "Presentación" de Antonio PINTOR-RAMOS, a quien dediqué el libro con motivo de su jubilación.

5 Santo Tomás de Aquino, desde una perspectiva dualista, ofrece la siguiente etimología: "Nomen intellectus quandam intimam cognitionem importat, dicitur enim intelligere quasi *intus legere*. Nam cognitio sensitiva occupatur circa qualitates sensibiles exteriores; cognitio autem intellectiva penetrat usque ad essentiam rei", *S. Th.* II-II, q. 8.

6 Consultar ambas palabras en: Egidio FORCELLINI, *Totius Latinitatis lexicon*. Patavii, Typis Seminarii, 4 vols. 1771. Hay varias reimpresiones.

formaron los términos clásicos *intentus e intentio* y los no tan clásicos *intendibilis, intenditor, intendimentum*, de donde viene entendimiento.

Ambas familias léxicas coexistieron sin mayores problemas en el latín clásico, pero corrieron suertes muy dispares en el latín medio y tardío. Mientras la familia *intendere* echaba profundas raíces en el bajo latín o latín vulgar que sirvió de matriz a las lenguas romances, la familia *intelligere* siguió aportando sus ricos caudales terminológicos al alto latín, el hablado y escrito en las universidades medievales. Esta doble vía explica por qué los vocablos procedentes de *intendere* se incorporaron en fechas muy tempranas a las lenguas romances, entre las que se encuentra el castellano, mientras que los derivados de *intelligere* tuvieron un tardío nacimiento<sup>7</sup>.

Con tales antecedentes, nada de extraño tiene que en el primer *Diccionario español-latino*, publicado en 1495 por nuestro primer gramático Elio Antonio Nebrija<sup>8</sup>, se haga eco de los vocablos castellanos previamente nacidos, pero no de los todavía en estado naciente a finales del Renacimiento. Por la misma razón, los clásicos del siglo XVI siguieron aferrados a las formas tradicionales de decir. Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, describe una de sus muchas experiencias místicas, repitiendo hasta la saciedad (35 veces en un solo capítulo de su autobiografía) frases como éstas: “darme a entender”, “no podía dejar de entender”, “está esculpido en el entendimiento”, “tenía lindo entendimiento”<sup>9</sup>. Parecidas expresiones emplearon Fernando de Rojas, San Juan de la Cruz, fray Luis de León y también los padres Gaspar Astete y Jerónimo de Ripalda, en cuyos catecismos postridentinos innumerables generaciones de españoles aprendieron que uno de los dones del Espíritu Santo es el “don de entendimiento” y que “las potencias del alma son tres: memoria, entendimiento y voluntad”<sup>10</sup>.

7 Las fechas de nacimiento de la primera familia son: entender y entendedor 1076, entendido 1140, entención o intención 1255, entendiente 1256, entendimiento 1275, entendible 1494. De la segunda familia: Intelectivo 1445, inteligencia 1490, intelectual 1494, intelecto 1499, intelección 1580, inteligible e inteligente 1605. Ver Martín ALONSO, *Diccionario medieval español (desde las Glosas Emilianenses y Silenses, s. X, hasta el siglo XV)*, 2 tomos. Salamanca, Universidad Pontificia, 1986; María N. SÁNCHEZ (edit.). *Diccionario español de documentos alfonsíes (Afonso X)*. Madrid, Arco/Libros, 2000; Lidio NIETO JIMÉNEZ y Manuel ALVAR EZQUERRA, *Nuevo tesoro lexicográfico del español*. Madrid, Arco-Libros, 2007, en el que se recopila la información de todos los diccionarios publicados desde el siglo XIV hasta 1726; Santiago SEGURA MUNGÍA, *Nuevo diccionario etimológico latín-español y de sus voces derivadas*, 2 tomos. Bilbao, Universidad de Deusto, 2001.

8 Elio Antonio NEBRIJA, *Dictionarium ex hispaniense in latinum sermonem*. Salamanca, 1495. Edic. facsimil, Madrid, RAE, 1951.

9 Santa TERESA DE JESÚS, *Vida de Santa Teresa de Jesús y algunas de las mercedes que Dios le hizo, escrita por ella misma, por mandato de su confesor*, en *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1942, c. 27, pp. 106-111.

10 Enrique MIRET MAGDALENA y Javier SÁBADA (eds.). *El catecismo de nuestros padres*. Barcelona, Plaza y Janés, 1998.

Los clásicos del siglo XVII siguieron el camino trillado de sus antecesores, aunque introduciendo algunas novedades. Miguel de Cervantes, por ejemplo, comienza el Prólogo a su obra cumbre diciendo: “Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse”; y en capítulos sucesivos del *Quijote* utiliza frases como éstas: “hombre de buen entendimiento”, “según mi poco entendimiento”, “para universal entendimiento”, “persona muy entendida”, “a buen entendedor, pocas palabras”, etc.

No obstante, leyendo la extensa obra literaria de Cervantes nos topamos de repente con las nuevas palabras procedentes de *intelligere* en expresiones como éstas: “en altas e *inteligibles* voces”; “traer ejemplos palpables, fáciles, *inteligibles*”; caballero “*inteligente* en las materias de estado”; príncipe “*inteligente*, liberal y magnífico”. Sorprende que, siendo Cervantes el creador del último neologismo, lo empleara tan sólo en los dos pasajes citados<sup>11</sup>. No mejor suerte corrió el término inteligencia, el cual, aunque presente en nuestra lengua romance desde 1480, sólo lo utilizó Cervantes en cuatro ocasiones con sentido más bien esotérico que humano, a saber:

En la segunda parte del *Quijote* se describe cómo el caballero andante y su escudero se pasearon por las aguas del río Ebro en un barco, “sin que le moviese alguna *inteligencia* secreta [oculta], ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave”<sup>12</sup>. En el *Coloquio de los perros*, el can Berganza critica a uno de sus muchos amos, porque “a fuerzas de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio e *inteligencias* [argucias] granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía”<sup>13</sup>. Finalmente, en la obra teatral *La entretenida* uno de los personajes, llamado don Antonio, exclama: “¡Oh santísimos orbes / de todas las esferas, / a quien *inteligencias* supernas [superiores] / rigen, mueven y gobiernan! / Haced que estas razones / en mi provecho sean”. Al cual le replica don Francisco: “No se ande con esferas, / con globos y con máquinas / de *inteligencias* puras; / atienda, espere, escuche, advierta y mire”<sup>14</sup>.

En el anterior pasaje alude Cervantes a la teoría de Maimónides (con la que, por supuesto, no estaba de acuerdo), según la cual Dios creó ocho inteligencias puras o angélicas para gobernar los movimientos de los ocho orbes o esferas

11 Miguel CERVANTES, *Don Quijote*, I, cc. 14, 33, 47; *Coloquio de los perros*, en *Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 2003, t. I, p. 884. Ver también: Carlos FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Vocabulario de Cervantes*. Madrid, RAE, 1962.

12 Miguel CERVANTES. *Don Quijote*, II, c. 29.

13 Miguel CERVANTES. *Coloquio de los perros*, en *Obras Completas*, t. II, p. 758.

14 Miguel CERVANTES. *La entretenida*, en *Obras completas*, t. II, Jornada III, p. 758.

celestes que giraban en torno al planeta Tierra, considerada secularmente centro del Universo. Lope de Vega, Francisco de Quevedo y demás clásicos del Siglo de Oro siguieron fieles a las viejas expresiones, aunque, al igual que Cervantes, hicieran uso en contadas ocasiones de los vocablos emergentes<sup>15</sup>.

Es sabido que Baltasar Gracián, uno de nuestros últimos clásicos, creó nuevos modos de decir que, por su agudeza, fueron considerados oscuros o conceptistas. En *Arte y gudeza y de ingenio* sentencia que “entendimiento sin agudeza y conceptos, es sol sin luz”<sup>16</sup>. Entendimiento sigue siendo la voz predominante en sus obras, aunque circunstancialmente hermana diligencia con inteligencia en esta forma tan aguda:

Tanto necesita la *diligencia* de la *inteligencia* como al contrario. La una sin la otra vale poco, y juntas pueden mucho. [...] Vimos ya hombres muy *diligentes*, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada *inteligentes*. [...] La *inteligencia* y la *diligencia* todo lo vence [...] La *diligencia* ejecuta presto lo que la *inteligencia* prolijamente piensa<sup>17</sup>.

Durante el siglo XVIII se fue consolidando el uso de los nuevos términos nacidos *intelligere*, aunque siguieron siendo considerados cultos y, por ende, necesitados de explicación. Prueba de ello es que el primer *Diccionario la lengua castellana*, publicado por la RAE en seis tomos entre 1726-1739, recurra a las palabras veteranas para explicar las nuevas, en la siguiente forma:

*Intelección*. Lat. intellectio, acción por la cual el *entendimiento* comprende o concibe una cosa.

*Inteligencia*. Lat. intelligentia, la acción de *entender*, capacidad, destreza, sentido.

*Inteligente*. El que *entiende* o tiene la virtud de *entender*.

[...]

*Entender*. Es tomado del latino intelligere.

*Entendimiento*. Viene del latino intellectus<sup>18</sup>.

15 Carlos FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Vocabulario completo de Lope de Vega*. Madrid, RAE, 1971; Santiago FERNÁNDEZ – Antonio G. AZAUSTRE, *Índices de la poesía de Quevedo*. Barcelona, Universidad Santiago de Compostela, 1993.

16 Baltasar GRACIÁN, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1944: ver *Arte y gudeza y de ingenio*, Disc. I, p. 62.

17 Baltasar GRACIÁN. *Obras completas*: ver *El discreto*, c. XXI, pp. 342-343 y *Oráculo manual y arte de prudencia*, c. LIII, p. 369.

18 RAE. *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*. Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, 6 tomos publicados entre 1726-1739. Edic. facsímil en 3 volúmenes. Madrid, Gredos, 1984.

Las anteriores definiciones establecen entre ambas familias una perfecta sinonimia, fundada en una errónea filiación etimológica de entender con *intelligere* y de entendimiento con *intellectus*. Dichos errores, disculpables por tratarse de un tiempo en el que la filología estaba dando sus primeros pasos, fueron subsanados por la Real Academia: el primero, en la 12ª edición de 1841 donde se afirma que *entender* viene “del lat. *intendere*”; el segundo, en la 14ª edición de 1914 donde se añade que *entendimiento* “viene de entender” y no de *intellectus*, como tradicionalmente se venía diciendo<sup>19</sup>.

En este largo y complicado recorrido histórico hemos llegado por fin al siglo XX, que nos va a deparar nuevas sorpresas. En efecto, aunque los usos lingüísticos son cambiantes, a veces hasta el capricho, nadie podía imaginar que en el nuevo siglo el viejo vocablo entendimiento quedaría desplazado del puesto central, que durante siglos había ocupado, por una palabra de tan corta y pobre historia como inteligencia, la cual terminó convirtiéndose en un término imprescindible tanto en ciencias como en filosofía. Prueba de tan sorprendente giro lingüístico son algunas exitosas obras de los últimos cien años, en cuyos títulos quedó entronizada la palabra inteligencia.

Para empezar, George John Romanes, amigo de Darwin y padre de la psicología comparada, publicaba en 1892 *Inteligencia animal*<sup>20</sup>, obra en la que estudiaba los procesos cognitivos de los animales, cuestionando la tesis tradicional según la cual el hombre es el único animal inteligente. En 1936 el joven suizo Jean Piaget daba a conocer una de sus primeras investigaciones pionera en psicología evolutiva, titulada *El nacimiento de la inteligencia del niño*<sup>21</sup>. En la segunda mitad del siglo XX, John McCarthy acuñaba la expresión *Inteligencia artificial*<sup>22</sup> para referirse a los robots o máquinas inteligentes que en un futuro

19 Un siglo antes que la RAE, Sebastián COVARRUBIAS había incurrido en el mismo error en el *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, por Luis Sánchez, 1611, afirmando que “entender viene de *intelligere*”. Finalizando el siglo XVIII, Esteban TERREROS Y PANDO, en su famoso *Diccionario castellano*. Madrid, Impr. de la viuda de Ibarra, 1767-1793 prosigue erre que erre en el mismo error. Hoy sabemos que *intelligere* e *intendere* provienen de dos raíces indoeuropeas distintas: *ten-*, tender o estirar algo, y *leg-*, recolectar o recoger la cosecha, ver Edward ROBERT y Bárbara PASTOR, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid, Alianza, 2009, pp. 179 y 94. Asimismo, hay que precisar que entendimiento deriva directamente de la voz del bajo latín medieval *intendimentum*, ver: Jan Frederik NIERMEYER, *Mediae latinitatis lexicon*. Leiden, E. J. Brill, 1977, p. 548.

20 George John ROMANES, *Animal Intelligence*. London, Kegan Paul, 1882; trad. *La inteligencia animal. Parte primera*. Madrid, Impr. de Fortanet, 1886.

21 Jean PIAGET, *La naissance de l' intelligence chez l' enfant*. Paris, Neuchâtel, 1936; trad. *El nacimiento de la inteligencia del niño*. Madrid, Aguilar, 1969.

22 John MCARTHY, *Artificial Intelligence*, expresión utilizada por primera vez en el Congreso de Dartmouth, 1953.

próximo reemplazarían al hombre en un sinnúmero de actividades secularmente consideradas humanas. En este contexto, entre 1980-1983 Xavier Zubiri nos sorprendía con su monumental trilogía titulada *Inteligencia sentiente*<sup>23</sup>. En ella sostenía que la inteligencia humana es intrínsecamente sentiente, existiendo tantas modalidades de intelección como sentidos tiene el hombre: eidética o visual, auditiva o notificante, olfativa o de rastreo, gustativa o fruíble, táctil o de tanteo, kinestésica o direccional, térmica o atemperante, cenestésica o intimante<sup>24</sup>. En la última década del siglo XX asistimos al nacimiento de otras tres publicaciones exitosas. En 1993 Howard Gardner publicaba *Inteligencias múltiples*<sup>25</sup>, obra en la que analizaba hasta siete tipos distintos de habilidades inteligentes: cinético-corporales, lógico-matemáticas, lingüísticas, espaciales e interpersonales. En 1994 Pierre Lévy, profesor de la Universidad de Ottawa y de París VII, daba a luz su obra *La inteligencia colectiva*<sup>26</sup>, la que se ha ido conformando en el ciberespacio o mundo virtual en que hoy vivimos inmersos. Finalmente, en 1995 aparecía el *best seller* mundial de Daniel Goleman *Inteligencia emocional*<sup>27</sup>, donde establecía una estrecha relación entre la inteligencia y las emociones humanas, resultando de esta simbiosis hasta cinco tipos básicos de intelección: conciencia de sí mismo, autorregulación, motivación, empatía y habilidades sociales.

Los títulos reseñados son más que suficientes para poner en evidencia hasta qué punto la palabra inteligencia se ha impuesto en nuestros días<sup>28</sup>, confirmando de paso la plena actualidad y vigencia de la última obra de Zubiri. ¿Quién dijo que Zubiri no era actual? Otra cosa es que en estos y en otros autores la palabra inteligencia funcione con sentidos diversos y, por supuesto, controvertibles. El propio Zubiri manifestó su desacuerdo “con lo que suele llamarse inteligencia animal. Mucho menos aún puede hablarse, como es hoy frecuente, de inteligencia artificial”. Daba como razón, que lo ejecutado por un animal o por un mecanismo electrónico “conciérne tan sólo al contenido de la impresión, pero no a la formalidad de realidad”<sup>29</sup>. En cambio, que el hombre sea animal inteligente antes que

23 Xavier ZUBIRI, *Inteligencia sentiente*, 3 tomos. Madrid, Alianza, 1980-1983.

24 Rafael ANTOLÍNEZ CAMARGO, *La educación de los sentidos desde el pensamiento de Zubiri. Un estudio noológico*. Bogotá, Universidad Santo Tomás, 2009.

25 Howard GARDNER, *Multiple Intelligences. The Theory in practice*. New York, Basic Books, 1993; trad. *Inteligencias múltiples*. Barcelona, Paidós, 2005.

26 Pierre LÉVY, *L' intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace*. Paris, La Découverte (Essais), 1994; trad. electrónica en español.

27 Daniel GOLEMAN, *Emotional Intelligence*. New York, Batam Books, 1998; trad. *La inteligencia emocional*. Madrid, Kairós, 2001.

28 A propósito de la palabra INTELIGENTE, comenta Joan COROMINAS: “Hoy es palabra muy empleada por la gente educada, pero todavía poco por el pueblo, que prefiere *listo*”, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, 1989, t. III, p. 459.

29 *IRE*, p. 85.



racional, es una afirmación zubiriana convergente con la tesis evolutiva de Piaget. Más aún, me atrevo a pensar que si Zubiri hubiera alcanzado a leer las obras de Gardner y Goleman, muchos de sus planteamientos sobre la condición múltiple y emocional de la inteligencia humana le hubieran complacido<sup>30</sup>.

Centrándonos en *Inteligencia sentiente*, nos preguntamos: ¿Cómo resolvió Zubiri el embrollo histórico entre entendimiento e inteligencia? Lo primero que salta a la vista es que inteligencia y realidad son dos palabras congéneres. Realidad es primordialmente una formalidad de la nuda inteligencia; a su vez, logos y razón son dos modalidades posteriores de la misma. En una u otra forma, la inteligencia está presente en todo el proceso intelectual, mientras que el entendimiento es la modalidad suprema de la intelección racional, tema tratado por Zubiri en el último capítulo de la tercera parte de *Inteligencia sentiente*.

Resuelto el anterior problema, Zubiri se enfrentó al secular dualismo que había mantenido separados sentidos e inteligencia. En efecto, desde los orígenes de la filosofía hasta nuestros días, se había sostenido que sentidos e inteligencia eran dos facultades radicalmente diversas, que producen actos de distinta naturaleza, materiales unos y inmateriales otros<sup>31</sup>. En un primer momento, los sentidos reciben de las cosas múltiples impresiones, que seguidamente se transforman en especies o imágenes sensibles. En un segundo momento, el entendimiento agente (*intellectus agens*) somete dichas especies sensibles a un proceso de abstracción o desmaterialización del cual resultan las especies impresas. En un tercer momento, el entendimiento posible (*intellectus possibilis*) transforma dichas especies impresas en especies expresas o conceptos universales, que están en la base de toda la ciencia humana.

Zubiri fue el primero en oponerse al secular dualismo, afirmando la radical unidad entre el sentir e inteligir humanos, dos formalidades de un mismo acto, ejecutado por una única facultad llamada inteligencia sentiente. Dado el carácter predominantemente descriptivo de su obra, Zubiri emplea la palabra inteligencia en sentido cualitativo de propiedad formal de los actos de intelección sentiente, mientras que el tema de la inteligencia en tanto que facultad fue tratado en uno de los apéndices explicativos<sup>32</sup>. Dicha intención descriptiva la reforzó Zubiri recurriendo al sustantivo concreto intelección e introduciendo en nuestra lengua el verbo “inteligir”, un neologismo en principio malsonante<sup>33</sup> que Zubiri consideró necesario

30 Sobre la estrecha correlación entre inteligencia-sentimientos-voliciones: Xavier ZUBIRI, *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid, Alianza, 1992.

31 Dentro del pensamiento escolástico se tenían como axiomas: *Nihil est in intellectu quin prius non fuerit in sensibus*; “*Omnis cognitio incipit a sensu et perficitur in intellectu*.”

32 IRE, Apéndice III, pp. 88-97.

33 Malsonante fue también el neologismo “vivencia”, cuando lo introdujo José ORTEGA Y GASSET en 1913. Ver *Obras completas*. Madrid, Revista de Occidente, t. I, p. 254, nota a pie de página.

para verbalizar los actos de intelección sentiente, que son aquellos en los que se actualizan o hacen impresivamente presentes las cosas bajo formalidad de realidad.

*Formalitas* y *realitas* fueron dos neologismos introducidos en el vocabulario escolástico medieval por Duns Escoto. Con ellos el Doctor Sutil explicaba la composición metafísica de los entes materiales mediante notas genéricas, específicas e individuantes, las cuales siendo formalidades inseparables de las cosas, no por ello dejan de ser realidades. En cambio, la expresión “formalidad de realidad” en Zubiri no se refiere a las cosas reales en tanto que existentes en el mundo allende la aprehensión, sino a las cosas en cuanto están actualizadas como reales en la aprehensión humana. En el mero sentir animal las cosas quedan actualizadas en forma meramente sensible de estímulos objetivos, que suscitan una determinada respuesta de acuerdo con sus necesidades. En el sentir humano esas mismas cosas están actualizadas en forma sentiente, pero bajo formalidad de realidad, es decir, como un *prius* a la propia aprehensión, como algo que está presente “en propio” o “de suyo” en la aprehensión primordial<sup>34</sup>. En este sentido Zubiri define al hombre como un “animal de realidades”.

La palabra realidad, entendida como formalidad, es un neologismo semántico de difícil comprensión. “Por esto es –confiesa Zubiri– por lo que a veces pienso que mejor que realidad debería llamarse a esta formalidad *reidad*”. Pero *reidad*, aun siendo un neologismo morfológico que no se presta a confusiones, lo utilizó su creador en muy pocas ocasiones y tampoco ha obtenido mayor aceptación entre los comentaristas de *Inteligencia sentiente*.

Sentiente, en cambio, se ha convertido en un adjetivo exitoso para caracterizar la intelección humana, que popularizó Zubiri, aunque (hay que decirlo) no fue creación suya. En efecto, en el primer *Diccionario de la lengua castellana* de la RAE podemos leer lo siguiente: “SENCIENTE, part. act. del verbo Sentir. Lo que Siente, o tiene Sensación. Lat. *Sentiens, tis*”<sup>35</sup>. Esta magna obra es llamada *Diccionario de autoridades* por corroborar los sentidos de cada una de las entradas con textos sacados de los autores clásicos. Pues bien, en apoyo al término senciente dicho diccionario cita un texto del gran predicador trinitario del siglo XVII, fray Hortensio Félix Paravicino, quien en uno de sus sermones criticaba a un anónimo autor del siglo anterior por atribuir a los árboles “alma no sólo vegetante, sino senciente e intelectiva”<sup>36</sup>. Escritores posteriores a Paravicino

34 Germán MARQUÍNEZ ARGOTE, *Realidad, posibilidad, religión*, pp. 32-33 y 68-71.

35 Ver SENTIENTE en t. IV del *Diccionario de la lengua castellana* de la RAE, ya citado, edic. facsímil: Madrid, Gredos, 1984.

36 Hortensio Félix PARAVICINO ARTEAGA, *Oraciones evangélicas o discursos panegíricos y morales*. Seis tomos. Madrid, Impr. de María de Quiñones, 1638. Ver dicho texto en: *Sermones cortesianos*. Madrid, Castalia, 1994, pp. 276-277.

siguieron utilizando dicho adjetivo en frases como estas: “partes sencientes”, “sustancia senciente”, “facultad senciente”<sup>37</sup>

A finales del siglo XVIII, Esteban de Terreros y Pando acogía en su afamado *Diccionario castellano* el anterior neologismo, dándole una nueva forma: “SENTIENTE, ver SENSITIVO, adj., lo que tiene órganos propios para recibir impresiones de los objetos”<sup>38</sup>. Inexplicablemente, en 1817 la Real Academia eliminó de la 5ª edición del *Diccionario de la lengua española* el adjetivo “senciente”, sin que hasta la fecha haya obtenido el reconocimiento oficial que merece la nueva forma “sentiente” de Terreros y Zubiri.

Más allá de esta complicada historia, se ha discutido sobre cual de ambas formas, senciente o sentiente, sería la correcta. La respuesta es que si la derivación se hace directamente del participio activo *sentiens-tis*, como en su día lo hizo Paravicino, tendríamos que decir y escribir senciente, como de *patiens-tis* decimos paciente y no “paciente”. Ello se debe a la inveterada costumbre de los latinistas hispanos de pronunciar la letra “t” de estas y otras palabras con sonido de “c”. Pero si la derivación es hecha directamente del verbo español sentir, entonces “sentiente” es una formación tan correcta como la anterior, además de necesaria.

### 3. INTELIGENCIA Y LOGOS

Más allá de la “nuda intelección” está el primer modo de intelección dual que Zubiri llamó logos. Para comprender la significación de este neologismo, recordemos brevemente su historia. En el lenguaje griego común y corriente *lógos* significó palabra, vocablo, dicción, razón, etc. Ahora bien, gracias a los *lógoi* o palabras podemos decir lo que las cosas son y dar razón de ellas. Del habla popular pasó *lógos* al vocabulario filosófico. Para Heráclito el devenir de las cosas está regido por un *lógos* o razón eterna. Para Platón el *lógos* tiene que ver con la dialéctica de las ideas, de las que las cosas del mundo sensible son son reflejos o sombras. Aristóteles, más realista, definió al hombre “zoon *lógon ékhon*”<sup>39</sup>, un animal que posee *lógos* o que habla. Para Plotino el ser por excelencia es *tò Én*,

37 Iván BERNES, *Papel del doctor I. B. en el que responde a un manifiesto que escribió el doctor Damián de Mayorga y Guzmán*. Madrid, Impr. de Andrés García, 1674; MARTÍNEZ, Martín. *Philosophía scéptica, extracto de la física antigua y moderna*. Madrid, Impr. de Antonio Marín, 3ª edic., 1768.

38 Esteban TERREROS Y PANDO, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas: francesa, latina e italiana*, 4 tomos. Madrid, Impr. de la viuda de Ibarra, 1767-1793. Edic. facsímil: Barcelona, Arco Libros, 1987, ver SENTIENTE en t. IV.

39 ARISTÓTELES, *Política*, 1253ª 9-10; 133265.

el Uno con mayúscula, del cual emanan todos los entes existentes en el mundo en un proceso descendente: en primer lugar el *lógos* con sus múltiples formas y posteriormente las cosas materiales.

El término *lógos* pasó a formar parte de la teología cristiana por obra y gracia de San Juan, quien lo dotó de un nuevo sentido en el Prólogo al cuarto *Evangelio*: “En arjé ên o lógos, kaì o lógos ên pròs tòn Theón, kaì Theòs ên o lógos [...] kaì o lógos sàrs eguéneto”, que la *Biblia de Jerusalén* traduce así: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios [...] y la Palabra se hizo carne”<sup>40</sup>. San Jerónimo en su *Vulgata latina* tradujo *lógos* por *Verbum*, con mayúscula, vocablo con el cual los teólogos latinos han nombrado secularmente a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Por su parte, los gramáticos utilizaron la palabra verbo para referirse a la parte principal de la oración, aquella que cumple la función de predicado, expresando todo cuanto sucede en el mundo y, de manera especial, lo que hacemos y nos pasa a los humanos. Dado el arraigo en nuestra lengua del vocablo verbo, tanto en sentido teológico como gramatical<sup>41</sup>, fue innecesario castellanizar la voz griega *lógos*, aunque *lógica*, *lógico*, *lógicamente* y sus numerosos compuestos formaron parte del vocabulario español desde fechas tempranas<sup>42</sup>.

Hay que esperar a finales del siglo XX para que pasara a formar parte del léxico filosófico español la palabra *logos* por obra de Zubiri, quien tituló la segunda parte de su trilogía: “Inteligencia y logos”. ¿Con qué finalidad introdujo dicho neologismo? El propio Zubiri lo explica: “Esta intelección [dual] tiene distintos aspectos y momentos. Para englobarlos en una sola denominación emplearé el vocablo ya clásico *logos*”<sup>43</sup>. En vez de “Inteligencia y logos”, Zubiri podía haber titulado la segunda parte “Inteligencia lógica”, lo cual le hubiera llevado a titular la primera parte “Inteligencia primordial” y la tercera “Inteligencia racional. Sospecho que no lo hizo, entre otras razones, por considerar que “lógica” era un término que estaba contaminado por el dualismo característico de la filosofía occidental.

En efecto, la *lógica* fue considerada secularmente la ciencia que estudia los conceptos, los juicios y los raciocinios. Según este enfoque, la *lógica* es básicamente concipiente, formalmente judicante y terminalmente raciocinante. Las percepciones y las imaginaciones quedaban por fuera del ámbito lógico, por ser consideradas actos propios de los sentidos tanto externos como internos. A los sentidos se les

40 ESCUELA BÍBLICA. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée, 1975, p. 1505.

41 De *verbum* provienen las voces españolas: verbo, verbal, verbalmente, verbosista, verbosidad, verborrea, etc. De una persona que habla mucho y bien decimos que tiene mucha labia o “verba”.

42 *Lógica* s. XIII, *lógico* s. XIV; son más recientes los compuestos: logotipo, logaritmo, logomaquia y los innumerables términos terminados en *-logía*, como *antología*, *filología*, *teología*, etc.

43 *IL*, p. 47.

atribuía una función meramente ancilar o instrumental, la de suministrar la materia prima al entendimiento, para que éste cumpliera con las funciones superiores de concebir ideas, emitir juicios y desarrollar razonamientos o raciocinios.

En cambio, para Zubiri el logos no es algo distinto de la inteligencia, sino un modo ulterior de la intelección sentiente, que tiene dos momentos: En el primero, el logos elabora perceptos, fictos y conceptos a cerca de lo que las cosas previamente aprehendidas “serían” dentro de un determinado medio o campo, mostrando el “esto” o perfil individual de cada cosa (perceptos), el “cómo” de sus notas (fictos) y su “qué” esencial (conceptos). Este proceso culmina con la imposición de nombres comunes y propios a las cosas.

Pero más allá del “sería” campal, en un segundo momento, el logos entra a juzgar o decir de lo que las cosas “son” en realidad mediante juicios. En todo juicio se afirma algo de algo. Afirmary (en latín *af-firmare*) es pronunciar sentencia firme acerca de lo que las cosas “son” unas desde otras en un determinado campo. Zubiri distingue tres clases de juicios: posicionales, proposicionales y predicativos. Cuando, asomado a la ventana, alguien grita “¡fuego!”, hace algo más que nombrar una cosa; afirma que allí está actuando un elemento destructor que llamamos fuego. Hay también juicios proposicionales: Si digo “para verdades el tiempo”, estoy afirmando que lo que hoy desconocemos, lo conoceremos mañana. Pero la forma perfecta del juicio es la que los griegos llamaron *lógos apophantikós* o juicio declarativo, que consiste atribuir a un sujeto un predicado en la forma de A es B.

Dicha predicación no es para Zubiri un simple proceso dialéctico en el que unimos o separamos ideas o conceptos abstractos mediante afirmaciones o negaciones. Todo juicio es para Zubiri un movimiento de la intelección dual, mediante el cual se declara o dice lo que una cosa real llamada sujeto “es en realidad”, vista desde otra cosa real llamada predicado. Se trata, si se quiere, de una diléctica real. Ahora bien, aunque en todo juicio se pretende dar una sentencia firme sobre lo que algo es o no es en realidad, no en todos los juicios se alcanza el mismo grado de firmeza. El barrunto, la sospecha, la duda, la opinión, etc., son juicios infirmes, mientras que la certeza es el estado firme que corresponde a la verdad dual. No obstante, la verdad así alcanzada es siempre aproximación hacia lo que las cosas son en realidad, nunca un estado de conformidad plena entre ellas.

Resumiendo: Logos es un neologismo introducido por Zubiri con la función de común denominador de todos los actos de intelección dual. Por razón de su extensión, el término logos abarca las tres simples aprehensiones duales (perceptos, fictos y conceptos) y todas las formas y modos posibles de juicios. Por razón de su comprensión, el logos designa los actos de la primera intelección modal, mediante la cual alcanzamos descriptivamente la verdad dual de las cosas, tal como son aprehendidas unas desde otras en un determinado campo o mundo sentido.

#### 4. INTELIGENCIA Y RAZÓN

El segundo modo de intelección ulterior es la razón. Para comprender la función de la razón en la obra de Zubiri, no estará de más hacer unas breves consideraciones históricas.

El verbo clásico *reor-ris*, cuyo participio pasivo es *ratus-a-tum*, significó primeramente contar nuestros haberes, establecer su precio, ratificar su compra o venta. Posteriormente pasó a significar razonar o sacar conclusiones sobre lo que las cosas realmente son. De dicho participio se formó el sustantivo *ratio-nis*, que en el latín clásico tuvo una larga lista de significados. En el ámbito civil, *ratio* significó el cómputo o cálculo de las partes o “raciones” que corresponden a cada uno en una repartición o herencia. En el ámbito eclesiástico, se llamaba “racionero” al canónigo que distribuía las prebendas asignadas a los demás canónigos por razón de su oficio en las iglesias colegiadas y catedrales. En el ámbito académico, la llamada *ratio studiorum* establecía las lecciones que los escolares debían aprender cada día. De *ratio* derivó el adjetivo *rationalis*, que dio lugar a la definición escolástica del hombre como “*animal rationale*”, así como también el verbo deponente *rationor-ari*, raciocinar o dar razones a cerca de un tema, y el sustantivo *rationium*, de donde viene la palabra raciocinio<sup>44</sup>.

Zubiri no niega legitimidad a la lógica, que tiene por objeto el estudio de las leyes formales del pensamiento y cuya forma suprema es la argumentación silogística o dialéctica<sup>45</sup>. A propósito, en el Curso de Roma de 1973 decía Zubiri que: “Todo se puede poner en forma de silogismo en *BÁRBARA*. La cosa es saber si con ese silogismo se ha llegado a la realidad, que es el asunto”<sup>46</sup>. Zubiri denuncia a los filósofos modernos (Leibniz, Kant y Hegel) por haber “lanzado la filosofía por los cauces de la mera lógica”<sup>47</sup>, contribuyendo así a la “logificación” la inteligencia, cuando lo que hay que hacer es lo contrario: “inteligizar” el logos y la razón. Para Zubiri la lógica formal se funda en la lógica concreta de la razón, que desde la realidad aprehendida campalmente marcha allende el campo, hacia lo real mundanal en tanto que fundamento de lo real campal. Para poner un ejemplo, repetido por el propio Zubiri, dada la percepción de los colores en impresiones de realidad, lo que hace la razón es buscar el fundamento de los mismos en el mundo de las ondas electromagnéticas y en los fotones.

44 Razón y razonar figuran en el *Cantar de Mio Cid*, escrito h. 1140; razonamiento y razonador son de 1335; racional 1438.

45 Jesús RAMÍREZ VOSS, “La concepción de la lógica en el pensamiento de Zubiri”, en *Guía Comares de Zubiri* (Juan Antonio Nicolás, edit.). Granada, 2011, pp. 311-328.

46 Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios (Nueva edición)*. Madrid, Alianza, 2012, p. 997.

47 IRA, p. 50.

Por consiguiente, las cosas aprehendidas nos ponen a pensar en su ignoto fundamento. Es el principio de la marcha de la razón. Para hacer este difícil camino utilizamos como guía ciertos esquemas de referencia sacados de las cosas previamente aprehendidas, los cuales nos van sugiriendo los pasos que hay que dar para la construcción de esbozos racionales plausibles de lo que la realidad fundamental “podría ser” allende. Conformado el esbozo racional explicativo, la razón tiene que hacer el viaje de “reversión” o vuelta a la realidad campalmente sentida, para comprobar mediante el recurso a la experiencia la validez de dichos esbozos.

No voy a repetir aquí la rica descripción que de la marcha racional hace Zubiri; tampoco voy a analizar los diversos tipos de racionalidad posibles, tema tratado en forma excelente por Antonio Pintor-Ramos en este Seminario de Investigación en el pasado mes de abril<sup>48</sup>. Fiel a mi propósito lingüístico, en adelante me limitaré a analizar los cuatro verbos que utilizó Zubiri como guía o hilo conductor para describir dicha marcha de ida y vuelta. Ellos son: pensar, conocer, entender y saber.

*Pensar.* El punto de partida de la marcha racional es ponerse a pensar. Pensar viene del verbo *pensare*, que en el latín clásico significó pesar en la balanza los productos que se compramos y vendemos. De *pensare* deriva la palabra *pensum*, que en el latín clásico significó la cantidad de lana que un esclavo debía hilar cada día y en la Edad Media las pesadas tareas escolares impuestas a los universitarios por la llamada “ratio studiorum”. Para Zubiri pensar es ir sopesando cada uno de los pasos que tenemos que ir dando en busca de un fundamento. Dejemos que nos lo explique:

En su marcha intelectual la razón tiene que ir actualizando nuevamente lo real cautamente, esto es sopesando cada uno de sus pasos. Y precisamente por esto es por lo que esta actividad se llama pensar, etimológicamente pesar. El pensar tiene el carácter intelectual de un sopesar lo real ‘en’ la realidad misma para ir ‘hacia’ lo real dentro de aquella. Pensar es pesar intelectivamente. Se pesa, se sopesa la realidad. Y este peso intelectual de la realidad son justamente las razones. Hablamos así de ‘razones de peso’. La realidad que la razón tiene que alcanzar no es, pues, la *nuda realidad*; esto lo hizo ya la intelección en la aprehensión primordial y hasta en todas las afirmaciones campales ulteriores. La realidad que la razón ha de alcanzar es la *realidad sopesada*<sup>49</sup>.

48 Antonio PINTOR-RAMOS, “Zubiri: Tipos de racionalidad”, *Cuadernos salmantinos de filosofía*. Salamanca, Universidad Pontificia, 2012, n. XXXIX, pp. 213-377.

49 IRA, p. 40.

*Conocer.* Como dice el dicho, el que busca, encuentra. En este caso encontrar significa conocer, verbo derivado del prefijo *cum* (con) y de verbo *gnoscere*, cuyo participio pasivo es *notus-a-tum*, de donde viene el sustantivo *notitia*. Conocer es más que aprehender, conocer es el resultado del pensar, que consiste en ir adquiriendo noticias de la realidad profunda. Dejemos una vez más que nos lo explique Zubiri:

*Conocimiento es intelección en razón.* Conocer lo que una cosa es, es conocer su realidad profunda. [Por ejemplo] conocer el verde no consiste sólo en verlo, ni en inteligir que es en realidad un color muy bien determinado entre otros, sino que es inteligir el fundamento mismo del verdor en la realidad, por ejemplo, que es una ondulación electromagnética o un fotón de determinada frecuencia<sup>50</sup>.

*Entender.* Recordemos que el verbo entender fue el caballo de Troya contra el que tuvo que pelear Zubiri no para destruirlo, sino para sacarlo del ámbito de la nuda intelección primordial en el que secularmente estuvo anclado y colocarlo en el mundo de la razón en tanto que forma suprema de intelección modal. Para Zubiri entender es más que aprehender y más que conocer. Entender es comprender el por qué las cosas son como son. Y esto se logra cuando nuestros esbozos racionales han pasado el examen de la probación física de realidad en el tribunal de la experiencia. Zubiri lo explica así:

A mi modo de ver no es lo mismo inteligencia y entendimiento. Llamo inteligencia a la capacidad de aprehender algo como real. Mil cosas hay que inteligimos, esto es, que aprendemos como reales, pero que no entendemos lo que realmente son. [...] El entendimiento presupone la inteligencia [...] El entendimiento es la facultad de comprender [...] No son dos facultades, sino que el entendimiento es la modalización suprema de la inteligencia<sup>51</sup>.

*Saber.* Cuando al final de la marcha o proceso racional comprendemos las cosas, podemos decir que las sabemos. Saber viene de *sapere*, verbo relacionado con el sentido del gusto, que es el receptor de los sabores de las cosas que comemos. Pero saber significa también experimentar placer no sólo comiendo, sino inteligiendo, aprehendiendo y comprendiendo las cosas. El saber, en este sentido, no implica movimiento ni actividad alguna porque es un estado, el estado en que quedamos cuando hemos aprehendido, conocido y finalmente comprendido lo que las cosas son en la realidad. A dicho estado placentero se le conoce secularmente con el nombre de *sapientia* o sabiduría. Los que viven en él a plenitud, son “los pocos sabios que en el mundo han sido”, que diría fray Luis de León. A propósito, Zubiri escribió lo siguiente:

50 *IRA*, p. 161.

51 *IRA*, p. 341.



Como he expuesto largamente, pienso que todos los sentires son momentos de una sola intelección sentiente. Por tanto no puede extrañar que el estado de saber venga designado en latín, y sobre todo en las lenguas románicas, con una raíz que pertenece al sentido del gusto, *sapere*. Saber es más sabor que vista. De donde *sapientia* o sabiduría<sup>52</sup>.

En alguna medida todos estamos llamados a participar en la mesa de la sabiduría, que según Zubiri consiste en “saber estar en la realidad”. Es la propuesta que nos hace Zubiri en el bello colofón con que pone punto final a su trilogía:

El hombre queda inamisiblemente retenido en y por la realidad: queda en ella sabiendo de ella. Sabiendo ¿qué? Algo, muy poco, de lo que es real. Pero, sin embargo, retenido constitutivamente en la realidad. ¿Cómo? Es el gran problema humano: saber estar en la realidad<sup>53</sup>.

## 5. UN ESTUDIO DE NOOLOGÍA

Zubiri consideraba que la filosofía es un saber global y que, por serlo, es lo que menos se presta a ser dividido en partes o disciplinas. No obstante, en el Prólogo a *Inteligencia sentiente* definió su obra como “un estudio de noología”.

Noología es uno de los muchos neologismos cultos introducidos en la Edad Moderna para titular las nuevas disciplinas emergentes<sup>54</sup>. Lo empleó por primera vez Georg Gutke en 1625<sup>55</sup>. Pocos años después Abraham Calov o Calovius utilizó el adjetivo noológico<sup>56</sup>. Por su parte, Manuel Kant empleó el adjetivo noologista en la *Crítica de la razón pura* como lo opuesto a empirista<sup>57</sup>. A principios del siglo XX, Rudolf Eugken, uno de los pocos filósofos que han recibido el premio Nobel de literatura, distinguía en el vivir humano “dos grados, el zoológico y noológico. En el primero, la vida está ligada a la naturaleza; en el segundo alcanza independencia y posesión de sí misma”<sup>58</sup>.

52 *IRA*, p. 347.

53 *IRA*, pp. 351-352.

54 Ver historia de la palabra Noología en: José FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía*. Barcelona, Ariel, 1994, t. III, p. 2581; Diego GRACIA GUILLÉN, *Voluntad de verdad. Para leer a Zubiri*. Madrid, Triacastela, 2008, p. 109-111.

55 Georg GUTKE, *Habitus primorum principiorum seu intelligentia*, 1625.

56 Abraham CALOV, *Stoikheiosis noologiké*, 1650.

57 Inmanuel KANT, *Kritik der reinen Vernunft*, 1781, A 854, B 882.

58 Rudolf EUGKEN, *Lebens Erinnerungen*, 1920; ver *Obras escogidas*, Madrid, 1957.

En español, la palabra noología fue introducida por José Ortega y Gasset en un curso dado en 1916 bajo el título *Sistema de Psicología*<sup>59</sup>. En él afirmaba que la noología es una disciplina filosófica que estudia las últimas “posibilidades” e “idealidades” (objetividades de la conciencia) y que está en la base de la metafísica y de la psicología moderna, que tratan de “realidades” allende la conciencia<sup>60</sup>.

Muchos años después de Ortega, Zubiri volvió a utilizarla palabra “noología” en el Prólogo a *Inteligencia sentiente*, donde escribe que “lo primario del conocimiento está en ser un modo de intelección. Por tanto toda epistemología presupone una investigación de lo que estructural y formalmente sea la inteligencia, el *Nous*, un estudio de noología”<sup>61</sup>. Zubiri distingue entre noología y metafísica. La noología es “un análisis de los hechos de intelección. Ciertamente es un análisis complejo y no fácil; por eso han sido inevitables repeticiones a veces monótonas. Pero es mero análisis”<sup>62</sup>. En cambio, la metafísica comporta “algunas consideraciones que estimo importantes, pero que en muchos aspectos exceden tal vez el mero análisis”<sup>63</sup>. Tal excedencia exige explicaciones metafísicas de los temas tratados, que Zubiri incluyó en los numerosos Apéndices de su trilogía. Ambos enfoques, el noológico y el metafísico, aunque distintos, son congéneres y se necesitan mutuamente: “Toda metafísica supone *implícitamente* una noología, de la misma manera que toda noología comporta *implícitamente* una metafísica”<sup>64</sup>. Poco dado a marcar territorios dentro del universo filosófico, Zubiri no volvió a utilizar la palabra noología en toda su extensa obra. No obstante, dicha denominación ha obtenido un cierto reconocimiento entre los estudiosos de la obra de Zubiri por dos razones que Antonio Pintor-Ramos señala en el siguiente texto:

Porque resultó muy cómodo para distanciarse, sin explicaciones prolijas, de los planteamientos habituales en los campos de la teoría del conocimiento y de la epistemología. Al mismo tiempo, dentro de la propia obra de Zubiri, es término útil

59 Curso editado póstumamente por Paulino GARAGORRI con el título: *Investigaciones psicológicas*. Madrid, Alianza, 1979; reeditado con el título original *Sistema de Psicología* en José ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*. Madrid, Fundación Ortega-Marañón, t. VII, ver Lecciones II-IV.

60 Jesús CONILL, “Noología del sentido y de la verdad (Ortega y Zubiri)”, en *IIIè. Congrès Valencià de Filosofia (Peñíscola 2, 3, 4 de noviembre, 2000)*. Valencia, Societat de Filosofia del País Valencià, 2001. Ver edic. electr. en la Red, pp. 63-71; IDEM. “Facticidad, intelección, noergia”, en *Zubiri desde el siglo XXI* (A. Pintor-Ramos, coord.). Salamanca, Universidad Pontificia, 2009, pp.219-235.

61 IRE, p. 11.

62 IRE, p. 14.

63 IRE, p. 43.

64 Antonio PINTOR-RAMOS, “Intelectualismo e inteleccionismo”, en *Del sentido a la realidad. Estudios sobre la filosofía de Zubiri*. Madrid, Trota, 1995, p. 112.

para diferenciar el plano descriptivo, en que pretende moverse su doctrina de la inteligencia, de los planteamientos estrictamente metafísicos, dominantes en gran parte del resto de su obra<sup>65</sup>.

Yo añadiría una tercera razón para seguir utilizando el término en cuestión, a saber: Porque puede servirnos para distinguir la “trilogía noológica” de la llamada “trilogía teologal”.

65 Antonio PINTOR-RAMOS, “Noología”, en *Diccionario del pensamiento contemporáneo*. Madrid, San Pablo, 1977, pp. 833-839.